

DOCUMENTOS 3, 4, 5 y 6

Belisario Domínguez, periodista

El Vate, periódico de Filosofía, Literatura y variedades, era una publicación que originalmente pretendía salir a la luz pública tres veces al mes, pero que poco después anunció sólo dos entregas mensuales, fijadas para los días primero y 15. El doctor Belisario Domínguez fue el “director, propietario y único responsable” de *El Vate*, mismo que se distribuía sin costo alguno.

Esta edición del Senado de la República incluye algunos de los artículos del doctor Domínguez que aparecieron en los cuatro primeros números del periódico: “Una corrida de toros” —núm. 1, febrero 23 de 1904—; “Un sueño”, primera entrega —núm. 2, julio 10 de 1904—; “Un sueño”, segunda entrega —núm. 3, agosto 15 de 1904—; “Como iba á construirse, no se construyó y se construirá un bonito hospital” —núm. 3, agosto 15 de 1904—, y “A los Sres. estudiantes de la ciudad de México” —núm. 4, septiembre 10 de 1904.

EL VATE

PERIÓDICO DE FILOSOFÍA, LITERATURA Y VARIEDADES

SE PUBLICA TRES VECES AL MES

Director, propietario y único responsable: Doctor R. Domínguez.

PATRIA.

Acepta esta publicación como prueba de buena voluntad de uno de tus hijos que te aman con ternura.

El plan que se presenta á mi espíritu ofrece grandes dificultades y sin embargo no vacilo en seguirlo y voy á desarrollarlo alegremente, porque estoy seguro de que emprendo una obra buena.

PENSAMIENTO.

El hombre en la naturaleza no es sino una caña, la más débil de cuantas existen, pero es una caña que piensa. Para destruirlo no es necesario que se unan las fuerzas del universo entero. Un vapor, una gota de agua basta para darle muerte. Pero aun cuando el universo lo destruyera, el hombre sería todavía más noble que lo que causa su muerte, porque sabe que muere, mientras que el universo no conoce la superioridad que sobre el hombre tiene.

Toda nuestra dignidad consiste, pues, en el pensamiento. Por medio de éste, debemos elevarnos y no por medio de la extensión y del tiempo, que nos es imposible llenar.

Hagamos, pues, cuanto esté á nuestro alcance para pensar bien: he allí el principio de la moral

BLAS PASCAL.

UNA CORRIDA DE TOROS

Treinta mil personas de ambos sexos, de todas edades y de todas las clases sociales, encuéntranse reunidas en la gradería de un gran anfiteatro, esperan con impaciencia febril.....

Vestidos con relucientes trajes, preséntanse de pronto los toreros, presididos por el matador. Un aplauso general los saluda: es una ovación entusiasta á los valientes que van á jugar su existencia por agradar al pueblo.

Saquen el toro! Saquen el toro!

Imponente, llena de arrogancia, preséntase la enorme fiera. ¡Soberbio animal! Su aspecto infunde terror; ostenta orgulloso su ancho y poderoso cuello; sus ojos centellean, sus agudos cuernos, fuertes como el acero, darán muerte á quien alcancen. Con las patas delanteras rasca iracundo el suelo. Mira de uno y otro lado, midiendo sus distancias y calculando quien ha de ser su primera víctima.

Y los toreros, impávidos, alegres, solicitan, cada cual con su capa, el honor del primer embate.

Momento de terrible ansiedad.....

Con rapidísima carrera presipítase al fin el toro sobre su designada víctima. En pocos segundos la alcanza y para darle muerte segura hace formidable impulso con toda la fuerza de sus poderosos músculos.—Un agilísimo movimiento pone en salvo al torero. ¡Admirable destreza!—La fiera queda burlada, necesita

Una corrida de toros

Treinta mil personas de ambos sexos, de todas edades y de todas las clases sociales, encuéntranse reunidas en la gradería de un gran anfiteatro, esperan con impaciencia febril.

Vestidos con relucientes trajes, preséntanse de pronto los toreros, presididos por el matador. Un aplauso general los saluda: es una ovación entusiasta á los valientes que van á jugar su existencia por agradar al pueblo.

¡Saquen al toro! ¡Saquen al toro!

Imponente, llena de arrogancia, preséntase la enorme fiera. ¡Soberbio animal! Su aspecto infunde terror; ostenta orgulloso su ancho y poderoso cuello; sus ojos centellean, sus agudos cuernos, fuertes como el acero, darán muerte á quien alcancen. Con las patas delanteras rasca iracundo el suelo. Mira de uno y otro lado, midiendo sus distancias y calculando quien ha de ser su primera víctima.

Y los toreros, impávidos, alegres, solicitan, cada cual con su capa, el honor del primer embate.

Momento de terrible ansiedad.

Con rapidísima carrera precipítase al fin el toro sobre su designada víctima. En pocos segundos la alcanza y para darle muerte segura hace formidable impulso con toda la fuerza de sus poderosos músculos. Un agilísimo movimiento pone en salvo al torero. ¡Admirable destreza! ¡La fiera queda burlada necesita vindicarse; multiplica sus embates y cada fracaso aumenta su furor!

Vienen las banderillas [Varas de madera de cincuenta centímetros de largo, adornadas con listones y flores de papel y armadas en una de sus extremidades de un dardo de hierro de dos pulgadas de largo, con punta encorvada para que no se desprenda]:

A un embate del furioso animal, el hábil torero queda ileso y prende á la fiera una banderilla en cada lado de su robusto cuello.

De furioso, el toro tórnase rabioso, hace movimientos desordenados para desprender los dardos que le desgarran la piel; lanza mugidos horribles de ira y de dolor; sus miradas son de fuego; sus narices sueltan chorros de vapor; espesa baba corre de su ancha boca. Quiere matar, matar á todo trance, matar á quien se le presente.

Preséntase un penco [caballo extenuado é impotente, sea por la vez ó por el exceso de trabajo] cabalgado por un picador. Miralo el toro y en su afán de matar; precipítase sobre él. Pero el golpe que la fiera creía dar es ella quien lo recibe con la pica [especie de lanza] que le presenta el ginete. El toro retrocede compelido por el dolor y sorprendido por tan inesperado ataque; pero no acobardado, ¡eso no! Su furia es mayor que nunca. Ya su víctima presenta mayores dimensiones; ya no se le escabuye; por consiguiente la tiene segura; ya no la abandona. Recibirá otros picazos, pero matará, matará.

Acomete de nuevo redoblando su empuje. Esta vez la pica es impotente para contenerlo; esta vez consigue su intento, hunde su terrible cuerno en el vientre del caballo y lo desgarrá.

El penco se encabrita lleno de terror; un temblor convulsivo agita todo su cuerpo; sus tripas se arrastran por el suelo y le estorban para huir.

El entusiasmo sube de punto: el toro brama de dolor y de furor; el caballo relincha de angustia y de dolor y el público aplaude de deleite y de satisfacción.

Pronto los monos sabios [toreros que llevan ese nombre] distraen al toro, con mucha maestría introducen las tripas en el vientre del caballo, costuran la ancha herida y colocan de nuevo al penco en línea de combate con la fiera. Una nueva cornada lo derriba. Esta vez ya no puede levantarse; queda revolcándose en su sangre, y el toro sacia su sed de venganza dándole repetidos golpes hasta arrancarle las entrañas.

El entusiasmo sube de punto; el toro brama de dolor y de furor; el caballo se agita con las convulsiones de la muerte; la música exalta los ánimos; el público, lleno de gozo y satisfacción, aplaude con frenesí y pide á grandes gritos: ¡Otro caballo! ¡Otro caballo! Y luego: ¡Otro! ¡Y otro! ¡Eso no cansa nunca!

Ya el toro dio horrible muerte á varios caballos; ahora le toca su turno. El matador, armado de una espada, va á luchar con la fiera. *Atráela con su capa escarlata. Enorgullecido con sus triunfos anteriores*, recobrada la confianza en su irresistible fuerza, precipítase el animal más decidido que nunca sobre su adversario. El matador lo espera firme y sereno y en el momento preciso en que el público cree ver caer á tierra al valiente torero, con el vientre abierto, en ese momento su espalda se hunde en el cuerpo del animal y éste, cual golpeado por el rayo, cae á los pies de su ileso vencedor. ¡Músicas! ¡Dianas! ¡Himnos! ¡Gritos! ¡Vivas! ¡Alboroto indescriptible! ¡Alegría loca! Los sombreros, arrojados con violencia por sus frenéticos dueños, vuelan por el aire y van á caer á medio circo á los pies del gran héroe, del sublime triunfador.

Pero hay veces en que el torero yerra su golpe y la fiera triunfa. Entonces el hombre cae bañado en su sangre ó bien queda prendido en el asta del toro y éste, como con un trofeo, recorre el espacioso circo, haciendo alarde de su victoria.

Todo esto da mucho que pensar.

Meditación

Soy mexicano y después de México el país á quien más quiero es España. Y por desgracia tanto en México como en España el pueblo tiene verdadera pasión por las corridas de toros. ¿Debo decir lo que pienso, corriendo inminente riesgo de desagradar á Mexicanos y Españoles? Indudablemente que sí. No siendo mi objeto adular, sino corregir é instruir, mi obligación es hablar con toda la sinceridad que se debe á quien bien se quiere.

México, Febrero 23 de 1904.

Un sueño

Primera entrega

¿Quién no lo sabe? La mayor parte de los sueños son vanas ficciones de la imaginación; pero es necesario confesar que hay algunos muy sugestivos y de los cuales puede sacarse un gran partido. Voy á contar uno y si tenéis la paciencia de leerlo, quien quiera que seáis, estad seguros que sacaréis algún provecho.

Encontrábame en una inmensa llanura cuya vegetación consistía solamente en una hermosa alfombra de verde césped y cuyo límite en todas direcciones, era el lejano horizonte. Estaba solo, completamente solo, sentado sobre una roca, la única que había, en el centro del inmenso llano.

Era plenilunio; ya el astro de la noche había recorrido la mitad de su carrera y, á igual distancia de uno y otro horizonte, encontrábase suspendido en el centro de la bóveda celeste, cuyo límpido azul no presentaba una sola nube.

Mi vista vagaba en todas direcciones y encontraba yo en aquella inmensa soledad, en aquel profundo silencio, en aquella suave claridad una misteriosa poesía que llenaba mi alma de inefable placer, le traía los más gratos recuerdos y le inspiraba las más hermosas ideas.

Súbitamente noté que la claridad de la luna, en vez de ser blanca, habíase vuelto color de rosa y era mucho, muchísimo más intensa, pero conservando siempre su misma poética suavidad. Miré por todos lados á mi alrededor, y por todas partes era lo mismo; la misma inmensa llanura, el mismo profundo silencio, la misma misteriosa, encantadora poesía.

Miré entonces hacia el cielo y ví que la luna era también color de rosa. Llamóme la atención tan extraño fenómeno y cuando más embelesado estaba queriéndolo explicar, ví que la luna se desprendió del punto donde estaba fija y con grandísima velocidad y siguiendo una graciosísima curva, se precipitó hácia el oriente.

Llegando al punto de horizonte donde parecía que ya iba á chocar contra la tierra, la luna color de rosa volvió á elevarse con asombrosa rapidez y siguiendo la misma vía, hasta llegar al cenit. Allí permaneció un instante quieta y luego, cambiando sucesivamente de rumbo, recorrió el vasto firmamento dirigiéndose con veloz carrera hácia el poniente, el norte y el sur.

Cuatro anchurosos ríos de refulgente luz color de estrella, fueron los vestigios con que la luna color de rosa dejó marcada su huella en el espacio. Partían las cuatro corrientes luminosas del centro de la celeste esfera y se dirigían respectivamente hácia los cuatro puntos cardinales, formando una inmensa cruz resplandeciente.

Al llegar por última vez al cenit, la luna absorbió los cuatro ríos de luz, recobró su color natural y adquirió una enorme magnitud, permitiéndome ver con toda claridad sus exhaustos mares, sus montañas y hasta los más pequeños detalles de su superficie.

En ese momento experimenté en todo mi ser una sensación de exquisito, indefinible bienestar, sentí que mi espíritu alcanzó tal penetración y todos mis sentidos llegaron á una potencia tal, que á uno y otros los creí dotados de una fuerza mil millones de veces más considerable que la que habitualmente tienen.

Casi en el mismo instante apercibí el sol y los innumerables astros que puede el hombre admirar en el firmamento, los ví con proporciones asombrosas y extraordinario brillo, pero éste en vez de ofuscar mi vista, me era sumamente grato y me permitió ver no solamente el exterior é interior de todos los astros y de cuanto contienen en su superficie y en sus entrañas, sino que los contemplé á todos en su admirable conjunto, con sus prodigiosas dimensiones animados de sus diversos movimientos, siguiendo con admirable precisión sus inmensas órbitas, girando con pasmosa velocidad unos en torno de otros con orden maravilloso é imponente magestad y con silencio profundo más poderoso y elocuente que la más potente y arrobadora armonía.

Duró esa espléndida visión un minuto y calculé que lo que ví y sentí en ese instante no podría comunicarlo á mis semejantes ni escribiendo ó hablando sin descansar un momento durante mil siglos consecutivos.

Y comprendí sin embargo que todo lo que acababa de ver no era más que un punto en el espacio infinito, que si aun continuaran multiplicándose indefinidamente las fuerzas de mis facultades volviéndose cada minuto mil millones de veces más considerables que el minuto precedente, siempre por siempre la eternidad estaría en su principio, como en el primer instante, y que la enorme extensión abarcada por mi espíritu en las profundidades del infinito, por más que eternamente se ensanchara en vertiginosa progresión, jamás dejaría de ser un punto, comparada con el infinito absoluto. Y concluí que éste y la eternidad sólo pueden ser abarcados y comprendidos por un solo ser que lo llena y lo puede todo ¡Dios!

Volvíme á encontrar en medio del extenso llano, alumbrado solamente por la claridad de la luna, como al principio de mi sueño. Bajé mi cabeza y colocando la frente entre mis manos, me entregué á la siguiente:

Meditación:

¡Lo que acabo de ver es prodigioso! Si alguna vez hubiera dudado de la existencia de Dios, en este instante mi duda hubiera quedado para siempre desvanecida y convertida en la más profunda admiración, y la más firme creencia.

Pero, ¡oh Regulador Supremo del Universo!, ya que por un acto de tu bondad infinita me has concedido extasiarme durante un minuto ante el sublime espectáculo que ha llenado mi alma de admiración y la ha inundado de felicidad; ya que me has concedido esa dicha inmensa á mí que jamás he dudado de tu existencia eterna, ni de tu sabiduría infinita, ni de tu omnipotencia, ni de tu inagotable bondad; ¿por qué?, ¡oh Padre mío!, ¿por qué no muestras ese mismo grandioso espectáculo á todos tus hijos? ¿Por qué no lo muestras á mis pobres hermanos que tienen su alma atormentada por el error ó la duda y necesitan de una prueba para convencerse de tu existencia, de tu bondad, de tu omnipotencia?

Más... ¿qué he dicho? ¡Soy un ciego! ¡Soy un ingrato! ¡No he sabido lo que he hablado! ¡Ahora sí, Dios mío!, ya siento que mi razón se ilumina con la luz clarísima de la verdad y ya mi pensamiento es bueno: Ese sublime espectáculo que en mi demencia he creído ser yo el único que lo ha admirado durante un minuto, ese portentoso de her-

mosura y sabiduría, ¡oh Bondad Suprema!, es el que nos pones á la vista á mí y á todos mis semejantes desde que nacemos hasta que morimos.

Esa luna, ese sol, esos millones de mundos que admiré en las regiones infinitas ¿no son los mismos que contemplamos en la bóveda celeste durante toda nuestra existencia, gravitando unos en torno de otros? ¿No sabemos con toda certidumbre que sus moles son prodigiosas y sus movimientos vertiginosos y su número infinito? Ese orden perfecto que ví reinar en el Universo ¿no puede todo hombre admirarlo en cada instante de su existencia? Esa enorme penetración que noté en mi espíritu ¿no es igual á la que se desarrolla en el de todo hombre cuando piensa en la eternidad y en la inmensidad? ¿No es el prodigio que me hizo ver los astros en toda su magnitud y magnificencia semejante al que se produce en todo hombre cuando á la hora que le place, cierra sus ojos y abriéndolos en seguida mira la hermosísima luz del sol, y todo lo que le rodea, y la infinita región etérea en cuyo seno gravitan los innumerables mundos?

Señor: ¡Tú eres infinitamente bueno! ¡Tú sólo eres grande! Por doquiera que el hombre dirija su vista encuentra pruebas evidentes de tu existencia. Si han habido hombres que te nieguen es porque no han sabido pensar; es porque en su inmenso deseo de conocerte han querido comprenderte, olvidando en su ardiente afán, que el hombre es aun incapaz de comprenderse á si mismo, ni de comprender al más pequeño insecto; es porque han querido analizar tu obra, ignorando que es imposible analizar el infinito; es porque, diminuta hormiga, ha querido el hombre, en su ansia de saber, apurar de un sorbo el agua de todos los mares, y no habiéndolo conseguido, se ha trastornado su razón y ha terminado por negarte. ¡Permite Dios Omnipotente, que todos los hombres aprendamos á pensar!

Al concluir estas palabras levanté mi cabeza y dirigiendo la vista en todas direcciones, ví que el extenso llano, en vez de permanecer solitario, se hallaba completamente cubierto de gente: encontrábase allí reunida toda la humanidad. Púseme de pié sobre la roca y, saludando á la humanidad con la más profunda reverencia y las más respetuosas frases, noté que mi voz, aunque conservando su intensidad habitual, era oída por todos los asistentes y que todos comprendían mis palabras. Entónces, impelido por un irresistible deseo, pronuncié ante la augusta concurrencia el siguiente:

Discurso

Jefes de las naciones á quienes Dios ha confiado la custodia de los pueblos para que los guiéis por el camino del progreso y de la felicidad; Sabios que honráis á la humanidad con vuestros nombres ilustres; Publicistas que difundís las ideas por toda la faz de la tierra; humanidad entera que te encuentras reunida en aqueste sitio, dignáos escucharme, mi discurso os interesa á todos.

—¿Quién eres tú? —Preguntó con estentórea voz la humanidad.

—Soy un hermano vuestro, cuyo más vivo deseo es hacer algo por la felicidad común. Soy un hombre que ha llegado á la edad de cuarenta y un años, creyendo siempre que el más bello ideal de la humanidad es que todos los hombres lleguen á entenderse, á amarse y á ayudarse los unos á los otros. Soy un hombre que jamás se ha abatido en la adversidad, ni se ha exaltado en la prosperidad y que, á pesar de haber sufrido muy grandes desgracias, es muy feliz, porque siente serlo, y cree poder contribuir muy eficazmente á la dicha de cada uno de vosotros enseñándoos una fórmula sumamente sencilla mediante la cual ha conseguido su felicidad.

“¿Queréis que os hable?”

—¡Habla! —Exclamó con estruendosa voz la humanidad.

—Bien. Para que podáis comprender mi fórmula es preciso que oigáis atentamente todo lo que voy á deciros. No os pido que creáis sin reflexión ni una sola de mis frases. Por el contrario, os encaresco que las discutáis todas, y que solamente las aprobéis y hagáis vuestras hasta que las hayáis sometido al crisol de vuestra razón.

—¡Habla! ¡Habla! —Volvió á exclamar con imperiosa voz la humanidad.

—Obedezco:

“El combate por la vida se hace cada día más difícil en el mundo entero. La clase pobre, es decir la más numerosa, ve cada día aumentar su miseria conforme aumenta el número de individuos en los grandes centros de población. A medida que la miseria aumenta, se hace

más urgente la solución de los grandes problemas sociales. Felizmente ya llegó el linaje humano á una época de su existencia en que podrá con facilidad despejar algunas incógnitas, cuyo conocimiento proyectará viva luz en el cerebro de los pensadores y los ayudará á despejar las otras.

“Principio por proponeros que, conservando cada país su idioma propio, adopten todos los pueblos de la tierra el idioma español como idioma internacional universal.

“No creáis que os propongo ese idioma de un modo indiferente é irreflexivo ó únicamente porque sea mi lengua materna. Gustoso os propondría cualquiera otra lengua si yo creyera que esa otra fuera más fácilmente aceptada por todos vosotros ó más ventajosa para la generalidad de la especie humana, a quién considero como una sola familia.

“No insistiré en probaros que la lengua española es muy rica, muy sonora, muy hermosa y fácil de aprenderse; porque cada uno de vosotros me diría que la suya es más rica, más sonora, más hermosa y mucho más fácil de aprenderse, y hasta cierto punto todos tendríais justicia.

“Solamente pretendo convencerlos dándoos tres razones, de las cuales la primera se apoya en uno de los defectos de nuestra especie, defecto que nunca desaparecerá, porque el hombre de este mundo, aunque destinado á marchar indefinidamente hácia la perfección, jamás llegará á poseerla por completo; la segunda se apoya en vuestro interés, y la tercera en una de las virtudes que más ennoblecen á la familia humana.

“Consiste la primera razón en que la susceptibilidad del mayor número de los pueblos se hallaría contrariada si se propusiera como internacional universal el idioma de una de las naciones más poderosas del mundo, porque entónces ese idioma parecería impuesto por la fuerza y no adoptado con beneplácito general. Aceptando el español no sucederá igual cosa, porque los pueblos que hablan ese idioma no son los más fuertes de la tierra.

“La segunda razón es vuestro interés. Todos sabéis cuánto nos importa entendernos los unos á los otros. Además, los pueblos de la Amé-

rica Española, que son sin duda alguna los más hospitalarios de la tierra, ocupan grandísimos territorios inmensamente ricos y muy des-poblados comparativamente con los que ocupan otros pueblos civilizados. Conviene pues, que estos últimos aprendan el español para que los habitantes que en ellos se encuentran en demasía, vengan á nuestra América, donde recibirán la más cordial acogida y harán su felicidad, contribuyendo también a la nuestra, ya sea explotando sus industrias en nuestras jóvenes ciudades, ó ya ayudándonos á cultivar nuestros admirables terrenos vírgenes, ó bien arrancando con nosotros de las fecundas entrañas de nuestro suelo las inagotables riquezas minerales que contiene.

“La tercera razón es que, adoptando como internacional universal la lengua en que tengo el honor de dirigiros la palabra, las naciones más fuertes y poderosas darán prueba de magnanimidad, protegiendo á las más débiles y ahorrando el trabajo de aprender otro idioma á los pueblos que hablan el español, los cuales se encuentran actualmente en condiciones de inferioridad manifiesta (relativamente á los países más avanzados del mundo) en cuanto á sus establecimientos de instrucción, y á sus recursos pecuniarios. Son pues, los más fuertes y los más instruidos, los que deben dar el primer paso hácia la confraternidad de todos los pueblos del orbe, adoptando el español como idioma internacional universal.

“Como complemento del lenguaje universal os propongo que adoptéis un sistema universal único y exclusivo de monedas, pesas y medidas.

“Incontestable es la superioridad que sobre todos los sistemas conocidos tiene el sistema métrico decimal. Este es pues, el que debéis adoptar sin ninguna vacilación, aceptándolo en todas sus partes tal como existe en Francia y conservando á cada unidad su nombre francés adaptado al idioma particular de cada pueblo.

“Los medios que deben emplearse para la ejecución de los proyectos emitidos están al alcance de todos los países civilizados y, mediante la buena voluntad de todos, las esperanzas de hoy serán realidades entre cinco años.

“Indudablemente que, á la primera enunciación, las ideas que acabo de exponeros deben pareceros infantiles por su sencillez; pero al

profundizarlas hallaréis que no solamente esa misma sencillez las hace buenas y verdaderamente prácticas, sino que infaliblemente debéis aceptarlas tarde ó temprano, porque son realmente las únicas conformes á los intereses de todos. ¡Honor y gloria á la nación que sea la primera en realizarlas; ella merecerá bien de la humanidad y su influencia prevalecerá en el mundo durante muchos años!”

México, Julio 10 de 1904.

Segunda y última entrega

Permitidme ahora que os indique la fórmula mediante la cual puede conseguirse la mayor suma de felicidad posible sobre la tierra.

Héla aquí: “Vate”. Esa palabra por sus cuatro letras representa los elementos fundamentales de la dicha humana, en cuanto depende del hombre: Virtud, alegría, trabajo, estoicismo.

La virtud consiste en hacer el bien y evitar el mal, es la luz esplendorosa que ilumina la conciencia de todos los hombres, y aquel que en todos sus actos la tome por guía y siga sus indicaciones, estará seguro de no tener nunca de que arrepentirse, y no sufrirá jamás las torturas del remordimiento.

La alegría debe ser la inseparable compañera del hombre de bien. No hablo de esa alegría bulliciosa que no todos pueden ostentar y que, algunas veces, deja tras ella lasitud y fastidio; hablo del goce interior que nace de la tranquilidad del alma y de la satisfacción del deber cumplido.

El trabajo es la más positiva y la más provechosa de las distracciones y la que hace más gratas todas las otras. Quien no trabaja no puede ser feliz. Todos debemos trabajar para hacernos cada día mejores por medio de la educación del cuerpo y del alma. Además, el pobre debe trabajar para crearse una posición desahogada que lo ponga á él y á su familia al abrigo de la miseria y le permita poder ayudar á sus semejantes; y el poderoso y el rico deben trabajar por mejorar la suerte de los desgraciados y de la sociedad en general: esa es la misión más noble que el hombre está llamado a desempeñar sobre la tierra, ese es también el placer más exquisito que el ser humano pueda disfrutar en este mundo.

El estoicismo es la serenidad del alma que permite al hombre ser dueño de sí mismo, rechazando *imperturbablemente la impaciencia* y la ira como malas consejeras y el miedo, el abatimiento, la aflicción y la tristeza, como estorbos perniciosos que jamás ayudan á resolver una dificultad y contribuyen á empeorar notablemente una mala situación.

En todos los actos de vuestra vida acordáos de la fórmula "Vate" y estad seguros que, cual la brújula con sus cuatros rumbos guía al navegante en la espaciosa llanura del mar, así la fórmula con sus cuatro letras os guiará por los intrincados senderos de la vida y os indicará con precisión la línea de conducta que debéis seguir. Pero tened siempre presente que la perfección no es de este mundo, que debéis luchar constantemente con vosotros mismos para manteneros en el buen camino, porque todo hombre es pequeño y débil y á menudo cede á su flaqueza. Sólo Dios es perfecto.

Al pronunciar estas últimas palabras desperté y me prometí dar á conocer mi sueño en una publicación que denominaría *El Vate*.

México, Agosto 15 de 1904.

"EL VATE"

Saldrá á luz tres veces al mes. Se repartirá gratis. Para que la distribución se facilite, recomiendo á cada una de las personas que quieran recibirlo, que se sirva enviarme su nombre y dirección.

Como iba á construirse, no se construyó y se construirá un bonito hospital

Allá, en el último confin meridional de la república mexicana, muy cerca de la frontera guatemalteca, existe en el Estado de Chiapas una pequeña ciudad, pintoresca, simpática, encantadora; su brisa es suave y perfumada; su atmósfera radiante y pura; sus habitantes generosos, alegres, francos y hospitalarios: se llama Comitán.

Un día dos caballeros, el Sr. D. Crisóforo Albores y el Dr. D. Antonio Alfaro, notables por la elevación de sus ideas y por su insaciable deseo de hacer el bien, dijeron: Ya el hospital de Comitán, fundado hace cien años por nuestra ilustre y meritísima cooterranea Sra. D^a María Ignacia Gandulfo, es insuficiente para las necesidades de la población; se hace necesario construir otro. Comunicáron su idea á sus amigos y *estos la encontraron excelente.*

Convocadas y reunidas las principales personas de la población, se formó una junta que se denominó: "Junta popular de Beneficiencia", de la que fué electo presidente el Dr. D. Antonio Alfaro el cual, acabando de ser nombrado, propuso que para arbitrar los fondos necesarios á la obra se abriera una subscripción. *Se discutió y á poco rato, habiendo caído todos de acuerdo, reinó en la asamblea el mayor entusiasmo.*

Todos los asistentes dieron su ofrenda con mucho gusto. Se juntó en esa primera reunión poco más ó menos dos mil pesos.

La Junta siguió convocando á todos los que no habían concurrido la primera vez y todos contribuyeron con el mismo placer, inclusive las señoras y señoritas.

Ya se habían reunido próximamente cinco mil pesos. Y hay que tener en cuenta que reunir esa cantidad en una población pequeña como Comitán, equivale á reunir varios millones de pesos en una ciudad grande.

El entusiasmo siguió creciendo: los dueños de fincas ofrecieron los unos dar madera, los otros cal, piedra, etc.; los albañiles, carpinteros y demás artesanos y los peones ofrecieron con la mayor buena volun-

tad dar cada uno un día de trabajo gratis cada mes durante dos años. El movimiento fué general; fué el noble impulso de un pueblo entero trabajando en bien de los infelices.

Pero, ¿quién lo había de creer? cuando todo marchaba viento en popa, cuando los iniciadores de la noble empresa, estimulados por el entusiasmo general, trabajaban con el mayor afán, cuando todos creían ver entre poco tiempo realizado su filantrópico ensueño, he allí que una ley del gobierno del estado sobre los fondos de los hospitales paralizó los trabajos de la junta y no solamente ésta, y con ella el pueblo comiteco, desistieron de su hermosísima empresa, sino que quedaron nulificados los trabajos anteriores, porque cada uno de los donantes, por razones perfectamente deliberadas, había hecho su ofrenda con la precisa condición de volver á entrár en posesión de ella en caso de que el gobierno del estado quisiera cambiar el modo de administración de los fondos del hospital.

¡Triste cambio! Sin embargo, la Junta popular de Beneficencia, creyendo que el gobierno del estado comprendería al fin su error y sus lamentables consecuencias y volvería á restablecer el funcionamiento primitivo del hospital, con su Junta de Caridad, formada por las personas más honorables de la ciudad, cuyo intachable manejo había sido tan favorable á los intereses del establecimiento, no ha cesado de hacer gestiones sobre el particular; pero todo ha sido nùtil, no ha podido conseguirse nada.

Ya se indicó también al Sr. Gobernador de Chiapas lo siguiente: Hace poco más de año y medio falleció un señor en Comitán y antes de morir recomendó verbalmente á uno de sus hijos que, una vez terminada su testamentaría diera al hospital de dicha ciudad dos mil pesos en moneda corriente, bajo la inteligencia que esa cantidad debía darla á la "Junta de Caridad" con la precisa condición de que el día que cualquier gobierno quisiera cambiar el manejo de los fondos del hospital, se reservaba el entregante el derecho de volver á recoger los dos mil pesos, y de darles el empleo que mejor le pareciera sin tener que rendir cuenta á nadie. Se hizo presente al Sr. Gobernador que la expresada cantidad se encontraba guardada en caja desde hacían varios meses para ser entregada al hospital tan pronto como se restableciera su primitivo funcionamiento. Todo ha sido infructuoso.

He aquí lo que dice en su número 5, correspondiente al 3 de Julio, de 1904, *El Clavel Rojo*, periódico que se publica en Comitán:

“...Ultimamente, el 5 de Enero de 1903, el Ejecutivo del Estado de Chiapas, expidió un Reglamento de Hospitales y Casas de Salud; y á virtud de las disposiciones del citado Reglamento, que nos parece haberse escrito sin el debido estudio y reposo que materia tan delicada requiere, han pretendido las autoridades y de hecho lo han conseguido, que los fondos del hospital de Comitán, ingresen á las arcas del erario y que la institución cambie á tal grado su naturaleza, ¡Qué ya los pobres no puedan ingresar á él, si no pagan su asistencia médica y su alimentación!

“Esperamos fundadamente, que la pública administración volverá sobre sus pasos, según lo reclama la justicia. Creemos que convencido el Poder de su error, respetará la voluntad solemne de la insigne benefactora de los pobres de Comitán.”

¡Esperanzas defraudadas! Nada se ha conseguido.

¿Qué falta hacer? Ya no hay más que cruzarse los brazos y creer que todo se ha perdido? Debe abandonarse toda esperanza? ¡No! ¡La hermosa obra iniciada por los filantrópos Crisóforo Albores y Antonio Alfaro y aclamada y patrocinada con entusiasmo por el pueblo comiteco, no debe abandonarse si no es hasta dejarla terminada! He allí, estoy seguro cual será la respuesta del gran Porfirio Díaz cuando se entere de vuestro asunto, comitecos.

México, Agosto 15 de 1904.

A los Sres. estudiantes de la ciudad de México

Entre las manifestaciones de aprobación y simpatía con que ha sido honrado *El Vate* por muchos de sus lectores de esta capital y de toda la república, las vuestras, jóvenes estudiosos, han sido de las más afectuosas y expresivas. Mil gracias, queridos amigos, vuestro noble entusiasmo es propio en la hermosa juventud y digno de vuestro ardiente patriotismo y de vuestra reconocida ilustración.

Sí, tenéis razón, simpáticos jóvenes, ya las corridas de toros, no son para México ni México para las corridas de toros: gradualmente han llegado éstas á tal refinamiento de crueldad que todos los pueblos de la tierra (á no ser que consigan engañarse á sí mismos lo que constituye la mayor de las desgracias) deben considerarlas como un espectáculo esencialmente opuesto á las leyes de la moral universal, y ha llegado nuestra patria á una altura tal, que ya no puede tolerar una diversión que degrada la dignidad humana y ultraja la moral y la civilización.

Manifestáis el más vivo deseo de que se supriman las corridas de toros y tenéis razón, mil veces razón; porque de la moralidad en todos los ramos depende el porvenir de la patria, y el porvenir es vuestro patrimonio, juventud florida, es la heredad que debéis recibir mañana para que la hagáis prosperar y la trasmitáis más tarde, notablemente embellecida á vuestros hijos.

Para que nuestro país avance con paso uniformemente acelerado hácia el hermoso ideal del progreso que le llama y le sonríe, es preciso que cada generación llene dignamente la labor que su época y sus circunstancias le imponen: para que vosotros cumpláis con la noble tarea que os está reservada, exigis que la generación actual cumpla la suya.

Lo que pedís es muy justo, jóvenes entusiastas y es de pensar que se realizará con tanta más facilidad cuanto que es una mejora de orden puramente negativo; no se trata de fundar sino de quitar y eso no exige gastos ni sacrificios sino solamente buena voluntad.

Además, el pueblo está perfectamente preparado para esa mejora; puedo afirmároslo, porque he vivido en medio de él y lo conozco á fondo; el pueblo mexicano no solamente no es cruel sino que es el pue-

blo compasivo y generoso por excelencia. Observad bien al trabajador de nuestra clase pobre, al que vive con el día, al que no tiene más propiedad que la luz que le alumbrá y el aire que respira, observádle cuando está tomando su frugal alimento en un rincón de la calle, teniendo por único techo la bóveda azul y por única mesa al desnudo suelo: ese hombre no come á gusto si no da también de comer algunas migajas al perro callejero que le está mirando.

Y sin embargo, hablad á ese mismo hombre de una corrida de toros y le veréis disminuir su ya escaso alimento y vender á vil precio sus instrumentos de trabajo y alguna pieza de ropa para poder comprar su boleto é ir á gozar á la plaza de toros. ¿Cómo se explica eso? La Circe antigua embruteció á los compañeros de Ulises y los transformó en cerdos; la Circe moderna, la plaza de toros, entorpece á los nuestros y los vuelve dementes.

No queráis hacer que entiendan razón los aficionados cuando están en el funesto anfiteatro, porque es perder vuestro tiempo, es discutir con una muchedumbre de locos furiosos capaces de reñir y de darse muerte entre sí por las más fútiles causas, como lo hicieron los aficionados de la culta ciudad de Puebla en su épico combate del siete de Febrero del presente año.

Pero hablad á esos mismos aficionados fuera del malhadado anfiteatro y encontraréis hombres cuerdos que os dirán con toda sinceridad: "Comprendo perfectamente que las corridas de toros son una distracción bárbara, cruel y salvaje; comprendo que hago muy mal en asistir á ellas; pero el vicio puede más que la razón; contraje ese vicio desde mi niñez y ahora tiene tanta fuerza en mí como el de la embriaguez en el desgraciado alcohólico. ¡Ojalá llegue pronto el día en que se suprima para siempre tan abominable y ruinoso espectáculo!".

Creéd pues, queridos amigos, que muy pronto las corridas de toros habrán pasado á la historia y que los hombres de mi generación tendrán la honra y el placer de entregaros vuestra heredad limpia de las malezas y abrojos que la esterilizarían.

Vuestro afmo. amigo.

B. Domínguez

México, Septiembre 10 de 1904.